

La coordinación represiva en el Cono Sur

por Niko SCHVARZ



Anatole Julien 4 años



Victoria Julien un año

ESTAS FOTOS de los niños uruguayos Anatole y Victoria Julien Grissonas, tomadas cuando contaban cuatro y un año de edad, permitieron casi tres años después su localización en Chile.

Habeas, fundación por los derechos humanos en las Américas que preside Gabriel García Márquez, acaba de dirigir un telegrama a Henri Labouisse, director ejecutivo de UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Niñez), en que expresa que "el reciente hallazgo en Chile de dos niños uruguayos desaparecidos con sus padres en septiembre de 1976 en Buenos Aires, confirma denuncias que Fundación Hábeas hiciera a UNICEF en marzo y mayo 16 del presente año". Agrega que "este caso forma parte de otros 22 niños desaparecidos en Uruguay y Argentina, cuyos antecedentes le hicieramos llegar en las fechas señaladas, solicitándole a UNICEF mediación en el marco del Año Internacional del Niño", y que "la confirmación parcial de los hechos denunciados nos obliga a reiterar nuestra petición a UNICEF para que investigue y esclarezca totalmente éstos y otros casos de niños desaparecidos en América Latina".

El mensaje se refiere a los niños uruguayos Anatole y Victoria Julien Grissonas, secuestrados en la capital argentina en septiembre de 1976 junto con sus padres por agentes de la dictadura uruguaya en complicidad con los cuerpos represivos argentinos, y que aparecieron el 10 de agosto de 1979, es decir, 3 años después, en la ciudad chilena de Valparaíso adoptados por un matrimonio de esa nacionalidad, compuesto por un odontólogo y una educadora. No puede decirse ejemplo más flagrante de coordinación de las fuerzas represivas de los tres mencionados países del Cono Sur latinoamericano. Con el agregado de que la madre de los niños ha desaparecido, presumiblemente asesinada en el episodio mismo del secuestro, y que el padre, Roger Julien, está ahora preso en Montevideo.

EL MOZART ASESINADO

Caso flagrante, decíamos, pero no único, el de estos niños que contaban cuatro años el varón y un año su hermanita en el momento del secuestro. Según las informaciones manejadas por Hábeas, son 99 y los niños desaparecidos en los países conosureños; de ellos, 46 son menores de 8 años: 35 argentinos, 9 uruguayos y 2 chilenos. Y debe agregarse, según la denuncia horrenda que realizó en la conferencia de la Unión Interparlamentaria Mundial recién clausurada en Caracas la ex diputada chilena Carmen Lazo Carrera, la desaparición, junto con sus madres, de 14 niños chilenos nacidos en las cárceles, muchos de ellos fruto de violaciones cometidas por policías del régimen a las detenidas.

Así se conmemora en el Cono Sur el Año Internacional de la Infancia. Detrás de cada unidad de estas cifras frías, hay una vida, tronchada en su origen. Me viene a la memoria el capítulo final de un libro de Saint-Exupéry (no recuerdo si es "Tierra de los Hombres" o "Vuelo Nocturno"). El piloto, de madrugada, toma un tren para dirigirse a su destino. El vagón está abarrotado de inmigrantes polacos, trabajadores de la dura zona minera del norte de Francia, que junto con sus hijos duermen en el suelo. En cierto momento, la luz fugitiva de una estación de paso ilumina el rostro de un niño. Al piloto le cautiva su fineza, sus rasgos de sensibilidad. Reflexiona: hasta dónde podría llegar este niño si no se quebraran sus alas, cuál podría ser su destino? El de un Mozart, quizá. Y concluye: Lo que lloro, en cada uno de estos niños, es el Mozart asesinado.

CUENTAS DE UN LARGO ROSARIO

Múltiples ejemplos pueden alinearse reveladores de la conformación de esta suerte de Internacional negra en el sur del continente entre los respectivos cuerpos de represión. Citemos entre los más notorios: — Los ex parlamentarios uruguayos Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz, acérrimos opositores a la dictadura, son raptados, salvajemente martirizados

y finalmente ultimados el 20 de mayo de 1976 en Buenos Aires, en un episodio en el cual de lejos se percibe el largo brazo de la tiranía uruguaya. En el mismo procedimiento, son secuestrados y asesinados el médico Manuel Liberof y el joven matrimonio de Carmen Barredo y G. Whitelaw.

— Los periodistas uruguayos Elsa Altuna, ex presidenta de la Asociación de la Prensa, y Enrique Rodríguez Larreta, residentes ambos legalmente en Buenos Aires, desaparecen un buen día para reaparecer en las cárceles de Montevideo. Altuna sigue aún en el penal femenino de Punta Rieles.

— El dirigente del gremio gráfico y periodista Gerardo Gatti, exiliado en Buenos Aires, desapareció sin dejar rastros. (Por cierto que sobre la represión selectiva contra los trabajadores de la prensa en el Cono Sur se podría escribir un dramático capítulo como se evidenció en el II Congreso de la Federación Latinoamericana de Periodistas realizado en la capital venezolana y en la reciente celebración del Día Internacional del Periodista).

— Hay ejemplos de asesinatos masivos, incluso de los primeros tiempos de la dictadura. En diciembre de 1974 fue víctima de un atentado en París el ex jefe de los servicios de Inteligencia del ejército uruguayo, coronel Ramón Tróbal, quien previamente había sido alejado del país hacia un destino diplomático, posiblemente porque sabía demasiado. Todos los indicios acusan a la dictadura de este crimen. Queriendo borrar sus huellas, ésta no vaciló en ordenar el secuestro de un grupo de jóvenes uruguayos refugiados en Buenos Aires, para traerlos secretamente en avión militar a Montevideo y hacerlos fusilar en la localidad de Soca, vecina a la capital. Son éstas apenas algunas de las cuentas de un largo collar de sangre.

EL TRAFICO INFAME

La persecución a los hijos del país que han debido asilarse en el extranjero, es la prolongación de la represión desorbitada que se ejerce dentro de fronteras, y que en los países mencionados se mantienen en toda su brutalidad. Sin hablar de que el Uruguay detenta el récord mundial de presos políticos en proporción al número de habitantes, y de que en Chile el caso de la mina de Lonquén, exime de todo otro comentario, cabe subrayar el clima de terror abierto imperante en la Argentina, donde en plena visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en forma demostrativa, prosiguen los secuestros de familias enteras, se asesina un diputado, se niega el derecho de asilo y se decreta, de una plumada, la muerte de millares de desaparecidos, en un acto que repugna a cualquier conciencia civilizada y mereció la condena de los parlamentarios del mundo entero.

Con toda razón, el *Journal do Brasil*, en expresión de la libertad de prensa que se ha ido abriendo paso en ese país, denuncia en un valiente editorial que "las dictaduras militares que dominan a Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile demuestran una cruel originalidad en el funcionamiento de los mecanismos de represión política con que asfixian la sociedad: realizan el intercambio de presos políticos como si fueran mercancías". Y agrega que los organismos de represión política del Cono Sur "funcionan como un inmenso y clandestino mercado común para el intercambio de presos políticos, en el más monstruoso atentado a los derechos humanos".

El periódico brasileño condena "el grado de crueldad registrada, que ha creado el contrabando humano como el más brutal método de intimidación social conocido desde el final de la Segunda Guerra Mundial" y concluye que "Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay parecen actuar bajo la compulsión de apresurar la masacre de toda resistencia civil y democrática, por entender que la situación no podrá prolongarse indefinidamente".

Exactamente igual hacían los nazis, que incluso después que el ejército soviético había irrumpido en Berlín, daban orden de continuar la resistencia armada y de masacrar prisioneros en los campos de concentración.